

A falta de democracia...tampoco seguridad

José Darío Castrillón Orozco

“27. La seguridad será democrática. Para proteger a todos, al trabajador, al empresario, al campesino, al sindicalista, al periodista, al maestro, frente a cualquier agresor.” De los 100 puntos de AUV.

Con tan magro párrafo le lanzó Uribe a la opinión el proyecto que cautivó a muchos, hasta conseguir la presidencia que hoy se resiste a dejar. Y en torno a este programa bandera, sus allegados, a dentellada y brazo partido, afincan la necesidad de no dejar el gobierno, pregonando sus bondades y clamando por su continuidad. Se presenta como un rotundo éxito, los reveses son sólo coletazos de los enemigos para negar que estén derrotados, según las declaraciones oficiales.

Llueve sobre mojado en el tema de la inseguridad. Quejas de la comunidad y un desconocimiento rotundo por parte de la casa de Gobierno. Mirando con detenimiento, tal vez el Presidente y sus portaestandartes acierten: la seguridad ha mejorado.

En verdad, hay gente que puede ir a sus fincas. El secuestro de ganaderos ha disminuido. Los asaltos a mano armada a los bancos están de capa caída; los empresarios, en sus esporádicas visitas al país, se sienten seguros; se disfruta el turismo terrestre, eso sí, con la guarda de un convoy militar; el candidato-presidente se puede desplazar por todo el territorio nacional, escoltado por varios batallones. Los *paras*, protegidos por el Ejército, están resguardados de algún ataque guerrillero.

Sí. La seguridad ha mejorado, tiene razón el ejecutivo al afirmarlo. Aunque, según una investigación de Caracol radio¹, el atraco callejero sigue siendo el delito que más se comete en Colombia. La misma entidad reveló, citando cifras del Centro de Investigaciones Criminales de la Policía Nacional, que: “los índices de hurto común a nivel nacional aumentaron en el 2005 en un 44 por ciento, al pasar de 28 mil 600 casos en 2004, a 41 mil 200 el año pasado”. En la actualidad se dan cinco casos de estos cada hora.

Luego siguen las lesiones personales como segundo flagelo delictivo. Dice el estudio: “En el país las autoridades atienden en promedio cada hora cuatro casos de lesiones personales.” En el podio de las fechorías siguen los siguientes indicadores: Hurto de residencias: 3.5 casos cada hora; homicidios: 2 casos cada hora; hurto de vehículos: 1 caso cada hora.

¹ Fuente: www.caracolradio.com 04/17/2006.

Tal investigación pone de manifiesto una situación por todos vivida, pero cotidianamente desmentida por los informes del alto gobierno. Para el ciudadano común el entorno es una permanente amenaza, mientras que los portavoces del gobierno pregonan el advenimiento de la tranquilidad con el triunfo de la seguridad democrática.

Ya antes un estudio similar, elaborado por el DANE en el 2004, anunciaba el sentimiento de indefensión de los ciudadanos, con variaciones regionales, y que pretendió ser ocultado por la casa de Nariño, llevó a la renuncia del entonces director del DANE Cesar Caballero, para evitar: “una orden que moralmente me siento incapaz de cumplir.” El informe piedra de escándalo, señalaba como el 70 % de las víctimas no denuncian, principalmente porque el Estado no hace nada. Porque estaban solas ante los agresores.

¿Será que Caracol y el DANE no tienen la razón? No sería de extrañar, una buena porción de la nación la ha perdido. Sin embargo, también están en lo cierto. Lo que sucede es que la seguridad de Uribe abriga a ciertos sectores sociales, que aunque no mayoritarios son decisivos en su proyecto político. No en vano este gobernante ha logrado aglutinar en torno suyo a todos los sectores empresariales del país. Nunca antes toda la casta dirigente colombiana había estado tan unánimemente de acuerdo con una política de guerra y de gobierno. A ellos les ha reportado seguridad y réditos financieros. Mal agradecidos serían.

Pese a lo anterior, el atraco callejero hace de las suyas con el exiguo ingreso de los ciudadanos, la integridad del civil está siempre en riesgo, y las casas de los hombres del pueblo no tienen quien las ronde. Ni siquiera ponen denuncias, ya se conoce la indolencia oficial por las angustias del hombre del común. ¡La seguridad del gobierno no alcanza para el hombre de a pie!

Tampoco alcanza para los sindicalistas, en el año anterior se asesinaron 70. Aunque monaguillos de la casa de Nariño afirmen que han disminuido tales cifras, esto no es más que una triquiñuela macabra, pues es el resultado de descontar a los maestros asesinados del consolidado total.

Tampoco puede considerarse que las “pescas milagrosas” del gobierno, con sus detenciones masivas a opositores sean una modalidad de seguridad, por mucho gusto que le ofrezca al círculo de gobierno el descargar la contundencia de su poder sobre adversarios, que a más de incómodos están desarmados, la represión política no es seguridad.

¿Se puede considerar seguridad que señores amigos del Presidente de pasado, presente y futuro dudoso, para usar un eufemismo, tengan derecho permanente de portar armas, cuando se ha comprobado que la diseminación de ellas entre la población está directamente asociada al incremento de los asesinatos?

Para promover tal inseguridad generalizada, se invoca la patria y su defensa. En este punto no se comprende si patria son los dueños de la tierra y sus ejércitos, o es la sumatoria de retazos de estadísticas, que a manera de

colcha se les presenta día a día a los colombianos como realidad habitada. Para empezar, patria debería ser un lugar de verdad, e invocarla para envolver mentiras ha de tomarse como una conspiración.

La patria, más acá del embaucamiento engaña bobos con el que se desmiente la crudeza del mundo cotidiano, debe advenir en el lugar donde se pueda vivir sin la zozobra del ataque artero; dónde la integridad de los trabajadores sea tan sagrada como la de los patrones; donde la morada del pobre se resguarde como un santuario, porque aún bajo plástico y latas hay un hogar. Dónde la vida sea una ocasión de felicidad y no la generosidad de algún señor de la guerra. Terminemos con estas palabras de Darío Fo:

“La única garantía de seguridad para el mundo rico es sanar las heridas sangrantes del hambre y de los abusos. De otra manera se crea un humus social dramático que sólo puede llevar a la violencia más loca.”